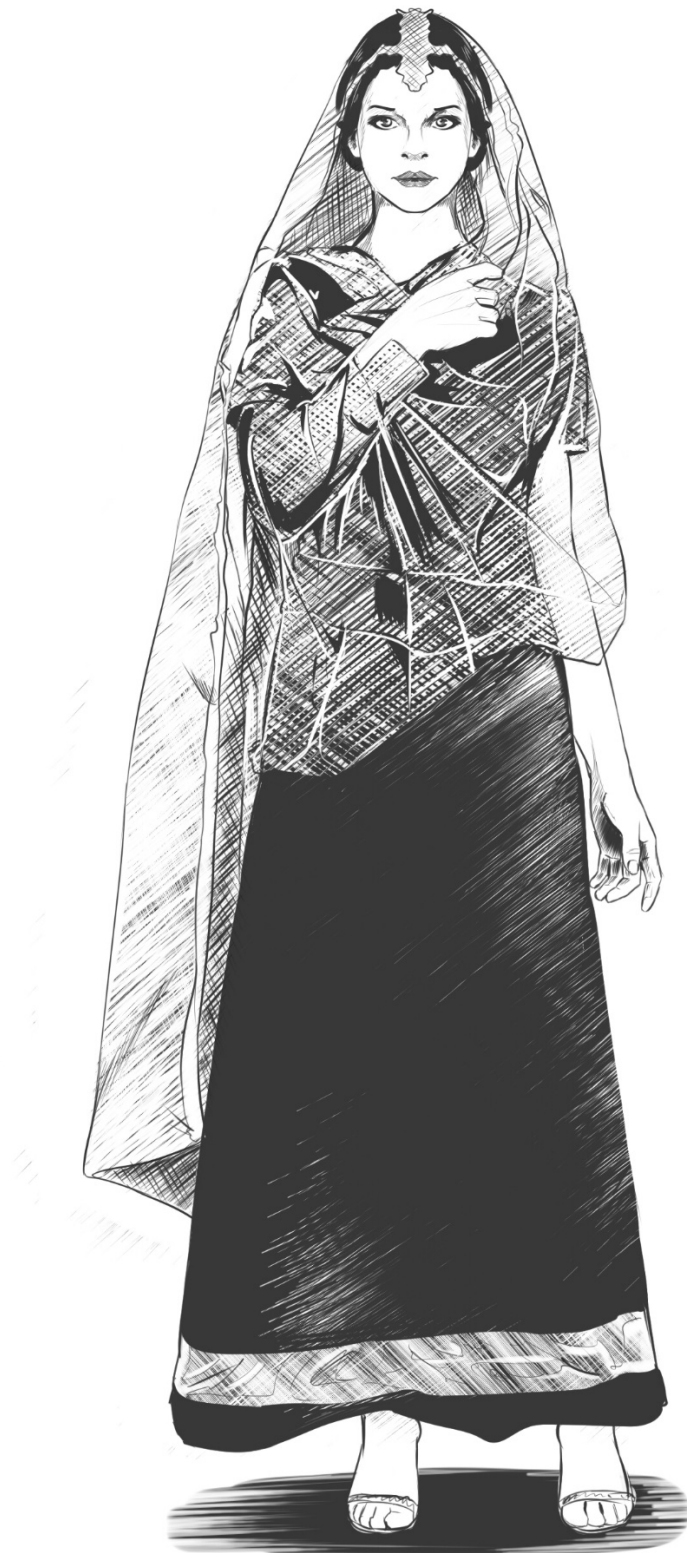


Autor: Abilio Ayuso

NO CAMBIES

Ilustrador Ronny Bravo



Cuando un hombre y una mujer forman pareja, ella piensa que ya lo cambiará, pero normalmente no lo consigue. Y él piensa que no desea que ella cambie, pero normalmente no lo consigue.

+12

Todo el mundo comentaba que Carlos era un buen partido, a pesar de que procedía de una familia de clase media, a sus veintidós años llevaba la carrera de ingeniero civil muy avanzada, y era el primero de su promoción, su futuro por tanto estaba asegurado.

A esa cualidad, se añadía que no era un muchacho juerguista, ni derrochador, sus aficiones, además de los estudios, eran el deporte en contacto con la naturaleza, la música y la lectura, se podía definir como un buen chico de costumbres sanas.

Tal vez por todo ello, a su edad aun no tenía novia, ya que su vida social era casi nula, pero por escondido que esté un tesoro, alguien acaba encontrándolo, en este caso la afortunada fue Rosi.

Los presentaron en una fiesta de cumpleaños, ella decidió que aquel chico era una gran oportunidad y no podía dejarlo escapar.

Rosi no poseía una inteligencia brillante, pero era una chica espabilada, que sabía jugar sus cartas. A sus veinte años trabajaba como administrativa en una mediana empresa. Dado que no tenía una formación académica, su techo laboral a largo plazo, sería como máximo la de jefa de sección.

A pesar de que sus padres, aunque con sacrificios, estaban dispuestos a costearle una carrera, a los quince años decidió que no quería amargarse la vida estudiando, realizó unos cómodos cursos de secretariado y administración, y a los dieciocho comenzó a trabajar.

El hecho de tener un sueldo fijo que podía usar para sus propios gastos, y un horario intensivo, de nueve a quince horas, le permitía dedicarse a sus aficiones favoritas: Comprarse ropa, salir con las amigas, ir de discotecas, a la playa, y un largo Etc.

Había tenido romances con algún guaperas, pero nadie que a ella le interesara realmente.

Cuando quería sabía ser simpática y sexy, y rápidamente se convirtió en una bocanada de aire fresco en la vida de Carlos.

Como chica lista que era, dejó que fuera él quien le explicara cuales eran sus aficiones: El montañismo, el buceo, la fotografía, la filosofía, el jazz... Eran temas que jamás habían interesado un pimiento a Rosi, pero se guardó muy bien de manifestarlo, tampoco mintió descaradamente diciendo que le encantaban, porque una burda mentira se descubre con facilidad, no hay

mejor mentira que la que se basa en una verdad, dejó que su novio le fuera descubriendo aquellas aficiones, y el mostrarse interesada por todo aquello no fue una completa farsa, porque para ella eran novedades que provenían de un chico muy interesante.

Ahora bien, en condiciones normales, su interés por la novedad hubiera durado pocos meses, sin embargo, fingió compartirlo durante bastantes años, eso sí, cada vez más a desgana.

Por otro lado, fue muy prudente a la hora de explicarle cual eran las suyas, en lugar de decirle que le encantaba la televisión basura y los culebrones, un día que él fue a buscarla a su casa, le dijo que iba un poco atrasada y le pidió que esperara en el sofá de la sala, frente al televisor, donde “casualmente” transmitían un programa pura bazofia.

Cuando ella reapareció arreglada y radiante, observó que Carlos contemplaba un documental científico, él se volvió y le dijo: “Lo siento, pero he cambiado porque en aquel canal solo daban basura”.

“No te preocupes, eso son cosas de mi madre, pero antes de apagar déjase como estaba porque los documentales le aburren, ya sabes como son las marías”.

Otra afición de la que Rosi tuvo que prescindir, fueron las discotecas. En este caso no solo porque su novio se sentía allí totalmente a disgusto, sino porque, aunque parecía un chico bastante fiel, también era inocentorro, y no quería dar ocasión a que alguna lagartona le echara el ojo y se lo disputara.

También se distanció de sus amigas, aunque sin llegar a romper, principalmente cuando estaba con él, porque ella tenía una buena causa para fingir una personalidad que no poseía, pero ellas no, y hubiera sido difícil justificar porque compartía su vida con chicas tan diferentes a sí misma.

De forma discreta también procuró que se distanciaran de los escasos amigos de Carlos, porque él la veía con ojos de enamorado, pero ellos no, y quien evita la ocasión, evita el peligro.

Tal como estaba previsto, Carlos terminó brillantemente la carrera, los últimos cursos ya los alternaba con un trabajo remunerado, y consiguió la grandiosa hazaña, de que su tesis para el doctorado fuera un proyecto real.

En aquel tiempo la economía del país estaba en alza y las grandes empresas querían fichar genios que fueran sus joyas de la corona, en poco tiempo pasó de ser estudiante, a un profesional que se ganaba muy bien la vida.

Aquellos primeros años todo fue rodado, los dos cedían una parte para complacer al otro. Aunque él era prudente y nada ostentoso, accedió a que compraran un ático dúplex en una zona elegante, un buen coche, y cuando todo ello estuvo pagado, una casa en una urbanización playera.

En la decoración ella tuvo que permitir que algunos muebles de diseño se alternaran con otros rústicos o antigüedades, pero eso, pensaba, es un problema menor, tengo el piso que me gusta y los muebles pueden cambiarse en cualquier momento.

La boda fue un completo éxito, orquestada por todo lo alto, como Rosi deseaba, en ella se reencontró con sus amigas de siempre, que ya bajo los efectos del champán, en un aparte le dijeron: “Está bien, ahora eres muy feliz, pero... ¿No te cansarás de todas esas sosecas de las excursiones, la filosofía y el jazz?”.

“Huy no os preocupéis, en unos meses viviendo juntos ya lo cambiaré y le quitaré todas esas gilipolleces de la cabeza”.

Por el contrario, cuando al novio le preguntaron en público que desearía pedir a su mujer para los años venideros, se limitó a decir: “Nada, es decir, que no cambie, que sea siempre la misma”.

Al cabo de tres años de casados, Rosi no había conseguido cambiar ni un ápice de las “gilipolleces” de Carlos, y se estaba cansando de su papel de chica estupenda, que cada vez hacía más a disgusto, a pesar de que su marido estaba comenzando a notar lo.

Entonces fue cuando decidió apostar fuerte, habían pactado no tener hijos como mínimo en siete años, para poder disfrutar de la vida y de su propia compañía, realizar viajes exóticos y toda esa serie de cosas que unos padres responsables no hacen si tienen niños pequeños.

Ella lo tenía claro, un marido puede dejar de serlo si se divorcia, pero un padre siempre será padre, y en el caso de alguien tan íntegro como Carlos, un hijo sería una cadena de la que nunca se atrevería a deshacer, con un niño lo tendría atrapado para siempre y ya no tendría que fingir.

Dejó de tomar las píldoras anticonceptivas y evidentemente se quedó embarazada. Para Carlos fue una sorpresa no demasiado positiva, porque pensaba que la paternidad debe ser deseada y asumida, y no algo que te cae como una pedrada, sin embargo, disimuló su desencanto, enfrentado desde hace años con el mundo ya no era el muchacho inocentón de antes.

Para comodidad de Rosi, hacía tiempo que realizaban las compras básicas por Internet y se las hacían traer a casa, comprobó los pedidos de la farmacia y los cartones de píldoras anticonceptivas de la mesilla de su mujer, estaba claro que hacía dos o tres meses que no tomaba la pastilla, y ni siquiera había sido lo bastante inteligente como para tirar los cartones no utilizados.

En este caso Rosi tuvo mala suerte y su prematuro embarazo terminó en aborto, después de aquello el médico les recomendó cuarenta días de abstinencia sexual.

A Carlos se le había caído la venda de los ojos, la que él creía su compañera fiel, con la que estaban de acuerdo en compartir la vida, le había engañado miserablemente, se consideraba a sí mismo buena persona, pero no soportaba que le tomaran por tonto.

A partir de aquello se puso en acción de inmediato, rápidamente entró en contacto con una lujosa clínica privada donde en unos minutos le practicaron una vasectomía reversible, es decir la obstrucción temporal de los tubos deferentes.

Para completarlo necesitaba hacer lo que jamás se le había ocurrido, cada día, al acabar la jornada laboral, en lugar de ir al gimnasio pasaba por una sauna especial, donde unas amables masajistas hicieron que consiguiera las veinticinco eyaculaciones necesarias para eliminar los espermatozoides residuales antes de que su mujer acabara la cuarentena.

A partir del embarazo frustrado la paciencia de Rosi llegó a su fin y comenzó a mostrarse como realmente era. Para Carlos fue como esas películas de terror, en que un agradable personaje, contagiado por un extraño virus, va mutando hasta convertirse en un monstruo. No reconocía para nada a su maravillosa novia en aquella marujona estúpida y egoísta que compartía su vida.

Solo había pequeños oasis de felicidad, unos días al mes, en que Rosi parecía recuperar parte del encanto perdido y parecerse un poco a la chica que había conseguido enamorarle.

Carlos tardó bastante en darse cuenta de que aquellos cambios tenían una finalidad reproductora, ya que coincidían con el periodo de fertilidad de su mujer, sin embargo, no dijo nada y se limitó a disfrutar de aquellos regalos.

Rosi, que ignoraba por completo la intervención de infertilidad a la que su marido se había sometido, estaba furiosa por no poderse quedar embarazada, incluso en una discusión llegó a amenazarle veladamente con la infidelidad diciéndole: “Ya puedes espabilarte y montártelo como quieras, porque yo estoy decidida a tener un hijo como sea”.

Él la miró serio pero tranquilo y le contestó: “Siempre me he jurado a mí mismo, que cualquier hijo que quiera atribuirme, quien sea, pasará la prueba del ADN, ósea que si quieres facilitarme el divorcio... Ya sabes”:

Aun así, Carlos aguantó tres años más, hasta tener la certeza de que el proceso era irreversible, cuando planteó el divorcio a su mujer, le ofreció unas condiciones muy claras: Le daría todo lo que poseían: Piso, casa coche y hasta el saldo completo de las cuentas bancarias, con la sola condición de no tener derecho a reclamarle nunca nada más.

Por el contrario, él acabaría de pagar algún resto de hipoteca que tenían pendiente. En caso de no aceptar esta propuesta estaba decidido a marcharse a trabajar a un país tercermundista, del cual ya había recibido ofertas en firme, de esa forma, por más sentencias judiciales que lograra a su favor, nunca conseguiría que se hicieran efectivas.

Ella hizo sus cálculos, sabía que su marido no era dado a tirarse faroles, en la actualidad, lo máximo que podía sacarle era todo lo que poseía, y por más que consiguiera obtener una pensión en un juicio, si se marchaba a un país bananero no habría forma de hacerle pagar, así que aceptó.

La idea de quitarle todo y dejarles a cero le proporcionaba el dulce placer de la venganza. Lo que nunca llegó a saber es que Carlos hacía años que desviaba una buena parte de lo que ganaba a cuentas de sus familiares.

Posteriormente Rosi se juntó con un vividor que le hizo dos hijos y estuvo con ella hasta que consiguió que se fundiera todo su patrimonio, momento en el cual la plantó. Ella tuvo que sacar adelante a los críos con su sueldo de administrativa, y aunque nunca quiso reconocerlo, en su fuero interno lamentó muchas veces no haber sabido mantener su matrimonio.

En una mayoría de familias, la mujer es buena cocinera, mientras que el marido suele ser torpe en esos menesteres, sin embargo, los mejores cocineros o chefs del mundo acostumbran a ser hombres.

Asimismo, hay un elevado porcentaje de mujeres que, en sus relaciones sentimentales, buscan, de propina, una ventaja económica. No es ningún secreto que el mismo hombre, liga cien veces más con un Ferrari que sin él.

Sin embargo, cuando algún hombre, decide vivir a costa del sexo opuesto, puede llegar a convertirse en un maestro consumado, llegando incluso a explotar a las explotadoras. Eso fue lo que le sucedió a Rosi.

Carlos cambió por completo de vida, hizo todo lo que no había podido estando casado con su mujer. Se instaló en una especie de antiguo local industrial que convirtió en una sala única, sin barreras, donde lo moderno y lo antiguo se complementaban. Una antigua cocina de hierro fundido para usar con carbón, que funcionaba perfectamente, compartía espacio con un microondas y una vitrocerámica, las altísimas paredes lo mismo contenían tapices que inmensas estanterías de libros. Aquel lugar era al mismo tiempo estudio, despacho, biblioteca, dormitorio... Y sobre todo refugio.

En el terreno sentimental se cerró como una ostra, tenía amigas, igual que amigos, pero no permitía que ninguna se convirtiera en nada más. Para evitar caer en la tentación, de vez en cuando pasaba por la sauna de lujo para que sus amables masajistas le aliviaran las tensiones. Con varias de ellas llegó a trabar una especie de amistad, o de complicidad, de forma parecida a la que nos puede unir al peluquero o a la esteticista. Incluso en ocasiones especiales pagaba para que alguna viniera a pasar toda la noche con él.

Si a veces un amigo le sugería que, en lugar de ir con putas, sería mejor que se buscara una buena chica, Carlos sonreía amargamente y le contestaba: “Ya voy con buenas chicas, son las más honestas y sinceras, te dicen cien euros la hora y son cien euros la hora, no aparentan que será gratis para luego chuparte la vida como vampiras”.

Otra de sus grandes aficiones que pudo recuperar, fueron los viajes a lugares exóticos y remotos. Le encantaba perderse con una mochila al hombro y dinero en el bolsillo en zonas donde no llegaba el turista habitual. Sin previsiones, sin calendario, pudiendo quedarse donde le apeteciera.

Un país que le encantaba recorrer era la India, donde, a pesar de su exotismo y de los mil dialectos que se hablaban, tenía la ventaja del idioma Inglés, que unificaba todo el país.

En uno de aquellos viajes sin rumbo fijo, llamó su atención una línea férrea que llegaba a ninguna parte, es decir, moría en la costa en un pueblucho llamado Kodikkarai, que como único aliciente tenía una reserva animal.

Estudiando el mapa, la zona le gustó, no había ninguna población importante, estaba la reserva y algunos lagos costeros. Tomó un billete de ida en el ferrocarril y se plantó allí.

A pesar de lo remoto del lugar, existía alojamiento, el Thamusamy Rest House, al lado del santuario animal. Pero cuando se viaja a la ventura no siempre todo sale rodado, un grupo ecologista había reservado todas las habitaciones libres.

No obstante, el recepcionista tuvo la amabilidad de darle la dirección de una señora viuda que alquilaba una habitación. Era un sitio muy modesto pero limpio y de confianza. Carlos tomó resignadamente su mochila y se dirigió a donde le habían indicado.

La casita era efectivamente modesta, pero con encanto, dentro de su pobreza tenía detalles que la hacían agradable, además de su privilegiada situación, sobre una pequeña colina rodeada de campo, pero con la vista del mar.

La segunda sorpresa positiva fue la viuda, era una chiquilla de apenas veinte años con dos niñas preciosas de dos y tres años. La habitación no era precisamente una suite, pero tenía una cama, armario, dos sillas y una mesita, todo pintado con vivos y alegres colores.

La muchacha le preguntó si querría comer allí, ante la respuesta afirmativa se quedó un momento callada, y luego algo avergonzada, le dijo que tenía que pedirle dinero anticipado para comprar comida para él.

Carlos muy optimista le dijo: “No hace falta que vayas expresamente, ¿Qué tenéis vosotras hoy para comer?”.

La chica enrojeció y finalmente, con un hilo de voz, contestó: “Muy poca cosa, es que hace tiempo que no alquilo la habitación...”.

No quiso que pasara más vergüenza, sacó del bolsillo una cantidad sobrada y le dijo: “De acuerdo, ves a comprar una buena comida y cualquier otra cosa que haga falta, pero no para mí solo, sino para los cuatro, ¿No te importará que comamos todos juntos?”.

“No, al contrario, estamos muy agradecidas de que nos invites”.

“Pues bien, a cambio tienes que hacerme un favor”.

“¿Cuál?”.

“Cocina lo que quieras, pero sin picante”.

“De acuerdo, ningún problema”, contestó ella sonriendo.

La comida fue la segunda sorpresa agradable, Shita era una cocinera estupenda, cuando tenía materia prima adecuada, y cumplió su palabra. Por fin Carlos pudo degustar el sabor sin abrasarse la lengua, porque en la India, cuando decía que no quería picante, ponían solo una cuarta parte de lo normal, que para él era diez veces más de lo deseado.

Según las creencias hindúes, cuando una mujer se casa, se convierte en la mitad del hombre. Por tanto, si él muere, se considera que la mitad de la esposa ha muerto.

Los libros sagrados dicen que una viuda tiene tres opciones: Casarse con el hermano más joven de su marido, arder con su marido, o llevar una vida de total abnegación.

Shita no había hecho ninguna de las tres cosas, primero por una cuestión de principios, le repugnaba la idea de que la mujer fuera una mera cosa, que ya no tiene vida propia si el marido muere, en segundo lugar, tenía la responsabilidad de sus hijas.

Desposada a los dieciséis años con un pescador bastante mayor que ella, podía decirse que no había conocido nunca el verdadero amor. El día en que después de una tormenta su marido no regresó, tuvo sentimientos muy contrarios. Por un lado, se sentía desamparada y sin recursos, porque sin el dinero que les proporcionaba la pesca estaba condenada a la miseria, además sabía que nadie la ayudaría. Por otro lado, tenía una sensación de libertad como nunca había sentido, pasaría privaciones, pero no sería esclava de nadie.

Cuando Carlos llegó a su casa, con su mochila y su barba descuidada, le produjo una sensación muy positiva, con sus treinta y cinco años y su físico deportivo, podía considerarse un hombre atractivo, pero lo que más le importaba es que, como europeo que era, no estaría contaminado por los absurdos prejuicios de su propio país.

A partir de aquella primera comida, Carlos se organizó para volver siempre a comer y cenar en la casa, e incluso muchas tardes, en lugar de hacer el turista, prefería quedarse en el porche, charlando con Shita y jugando con las niñas que estaban encantadas de que en casa hubiera un hombre que les hiciera caso, en lugar de mandarlas callarse y estar quietas en un rincón.

La madre también era feliz de tener alguien con quien hablar, que le explicara curiosidades, aventuras y costumbres de lugares remotos, y reforzara su idea de que las cosas no tenían que ser forzosamente como en aquel rincón del mundo se daba por hecho.

La diferencia entre aquel buen compañerismo y los cinco minutos que su difunto marido le dedicaba algunas noches en la cama era tan brutal, como si del cielo y el infierno se tratara.

Pasados quince días, lentamente, de la misma forma que la primavera cubre de flores el campo, surgió el amor entre ellos. Fue algo tan natural y espontáneo como el amanecer. No necesitaron disimular demasiado delante de las niñas, porque previamente ellas ya lo habían adoptado como papá.

Transcurrido un mes, Carlos habló con Shita de su situación. Tenía que volver a España y arreglar cuatro cosas, luego regresaría con dinero suficiente para arreglar la casa y dotarla de todas las comodidades, para que pudieran vivir los cuatro decentemente.

Le explicó que no podría permanecer un año seguido junto a ella porque tendría que ir a trabajar, pero con lo que ganara en unos meses, podrían vivir juntos como reyes el resto del año, porque el nivel de vida de aquella región de la India era diez veces menor que el de su país.

Ella le escuchó sin añadir palabra, al final le miró muy seria y le dijo en un susurro: “Se sincero... Ya no vas a volver, ¿Verdad?”.

Carlos la abrazó fuertemente y le dijo con una sonrisa: “Antes renunciaría al paraíso que a volver contigo, además te voy a dar un regalo para que siempre estemos juntos”.

Dicho esto, sacó su teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta, “Nadie tiene este número, solo lo llevo para usarlo en caso de emergencia, así que cuando suene sabrás que soy yo, pero no te olvides de cargarlo”.

Los apenas quince días que tardó en volver, a ambos les parecieron una eternidad, a pesar de que hablaban por teléfono cada día.

Al regresar, no lo hizo en tren, sino en una trotinada camioneta todoterreno que había comprado de segunda mano y que traía cargada hasta los topes con todos los efectos personales que trasladaba desde España.

Cuando se apeó de ella y abrazó a Shita, la muchacha tardó bastante rato en dejar de llorar de alegría, a pesar de todas las bromas y mimos que Carlos le prodigaba: “Pero no llores más, so burra, ¿Ves como sí que he vuelto?, y para quedarme”.

Al día siguiente se pusieron en marcha, la ventaja de aquella zona es que no faltaba mano de obra especializada a un precio muy asequible. Carlos hizo reforzar y aislar la casa, añadir un piso superior que les libraría de humedades en la temporada del monzón, un tejado refractario del que sobresalían enormes aleros y canalones que recogían el agua hasta un aljibe subterráneo. Asimismo, sustituyó la fosa séptica por una larga conducción hasta la red de cloacas municipales que pasaba al pie de la colina.

El tema de la electricidad lo arregló cubriendo el tejado de placas solares, conectadas a un grupo de baterías, reforzadas con un generador muy silencioso. El agua provenía del aljibe, pero si su nivel descendía la bomba situada en el interior del pozo lo rellenaba.

Un sistema de filtrado eliminaba impurezas y cualquier bacteria. Como buen ecologista, Carlos hizo que las aguas grises de ducha y lavadora se recogieran en un depósito intermedio que nutría las cisternas de los inodoros.

Cuatro grandes bombonas de propano, situadas en una caseta lejos de la casa, proporcionaban gas para cocinar y el agua caliente, aunque respetó la antigua cocina y horno de leña a las que solo añadió una campana con salida de humos eficiente. Incluso incorporó una preciosa chimenea a la sala principal, que ahora ampliada y revestida con cerámica policromada no se parecía en nada al modesto habitáculo de antes.

Los muebles, electrodomésticos, alfombras, cortinas y otros elementos decorativos acabaron de dar un precioso toque colonial al interior, y el

colmo del lujo fue un sistema de aire acondicionado para los días de calor sofocante.

En cinco meses estuvo la obra rematada con el vallado del terreno correspondiente a la propiedad, que resultó ser más extenso de lo que Carlos imaginaba. Inmediatamente diseñó para la zona periférica unos bancales escalonados con sistema de riego automático que les permitirían cultivar vegetales sobrados para toda la familia, mientras que alrededor de la casa hizo trasplantar, ya crecidos, árboles frutales y plantas aromáticas.

Aunque había construido obras de ingeniería muy importantes, de las que podía sentirse orgulloso, ninguna llenó a Carlos de tanta satisfacción como la reforma de aquella casa que se había convertido en un pequeño palacio.

Ahora que había concluido el estrés de los trabajos, podían sentarse tranquilamente en el porche a disfrutar de su obra.

Durante el día les gustaba acercarse a la playa para ver regresar las barcas que venían de faenar y comprar pescado recién capturado, o pasear por los mercados de la zona para adquirir especies o vegetales exóticos.

Un mes después de acabadas las obras, en el curso de una conversación Carlos dijo a su mujer: “Cariño, ¿Eres feliz con tu nueva casa?”.

“Muchísimo, pero sobre todo soy feliz con un hombre bueno, que me ama, me respeta, me trata como a un ser humano y me da todo el cariño del mundo”.

“Pues tengo malas noticias, porque tu hombre tendrá que volver unos meses a España para ganar algo de dinero, porque aquí he gastado mucho, aunque he de reconocer que es la séptima parte de lo que me hubiera costado en mi país, ¿Podrás resistir unos meses de soledad?”.

“Ahora sí que lo soportaré sin problemas, porque estoy segura de que volverás”.

“Si después de lo que he invertido aquí no volviera, realmente sería un imbécil, pero no volveré por eso, sino por ti, mi vida”.

En los meses de separación Shita no tuvo ningún problema con la gente del poblado, ahora era una mujer rica y Don Dinero se hace respetar en casi todas partes.

Solo en un par de ocasiones recibió insultos por parte de algún fundamentalista, pero no comentó nada con Carlos a pesar de que hablaban a diario por videoconferencia, vía satélite, con el ordenador que él le había dejado.

Sin embargo, sí que se lo explicó unos días después de su regreso. Él se indignó como nunca, si algo no soportaba, eran las injusticias y que la gente se entrometiera en su vida, y menos aun cuando el agravio lo recibía una persona inocente e indefensa.

Al día siguiente le dijo a Shita que haría un par de recados en alguna población cercana.

En la India la mano de obra de cualquier clase es barata y abundante. No le costó demasiado tiempo ni dinero contratar un grupo de matones que hicieron un par de visitas llevando un mensaje muy claro: “Molestar a Shita podía ser muy perjudicial para la salud”.

A pesar de que no tenían secretos, nunca explicó a su mujer donde había ido aquel día, ni ella se lo preguntó, pero a partir de entonces, nadie la volvió a importunar.

Mas adelante, Carlos encontró un buen colegio para las que ahora consideraba sus hijas. A pesar de que se hallaba a una hora de distancia en coche, no quiso que se quedaran internas, en la mayoría de las ocasiones las acompañaba él mismo con su vehículo, cuando se hallaba ausente o no le venía bien, hacía que las llevara y recogiera una taxista de confianza.

En alguna ocasión se planteó tener un hijo propio, pero recordando aquellos conocidos que, teniendo uno o dos hijos maravillosos, fueron a por un segundo o tercero y les salió un macaco indecente que destruyó su felicidad, se le quitaron las ganas.

Por tanto, al pasar un tiempo renovó otra vez su vasectomía temporal. Su mujer nunca le preguntó porque a pesar de no tomar ella ninguna precaución y tener unas relaciones muy frecuentes, no se quedaba embarazada, ni mucho menos se lo echó nunca en cara. Tampoco Carlos le habló de casarse, ni ella se lo pidió.

Habían pasado veinte años de completa felicidad juntos, las niñas ya eran unas universitarias de primera línea que tenían muchísimos pretendientes, aunque seguían los consejos de sus padres y ante el menor atisbo de

machismo o fundamentalismo religioso los rechazaban de plano. Nada enturbiaba la apacible vida de la pareja.

En una ocasión en que Carlos se reunió con sus viejos colegas en España y obligatoriamente tuvo que explicar cómo le iban las cosas en la India, conocedores de los problemas con su primera mujer, sus amigos le preguntaron: “Por fin estarás satisfecho, has encontrado la mujer de tus sueños, la que no cambia con el tiempo”.

Él se quedó pensativo y al cabo de un rato contestó: “Parece que sí, pero os voy a confesar un secreto, siempre tendré la duda de: Si realmente he hallado la mujer que no cambia, o la mujer que no cambia porque no puede hacerlo sin que su mundo se derrumbe, y la verdad, es que soy tan feliz así, que nunca haré el más mínimo esfuerzo por salir de la duda”.

FIN...